

Sectarismo y yihad en el conflicto sirio

Ignacio Álvarez-Ossorio

Seis años después del inicio de la revolución, Siria se encuentra al borde del abismo. La devastación del país desde 2011 ha provocado la mayor catástrofe humanitaria que se recuerda en Oriente Próximo desde el final de la Segunda Guerra mundial. Las cifras hablan por sí solas: cerca de 500.000 muertos, más de cinco millones de refugiados y otros siete millones de desplazados internos es el trágico balance de una guerra multidimensional en la que la intervención de las potencias regionales e internacionales ha contribuido decisivamente al agravamiento de un conflicto cuyo final no se vislumbra en el corto plazo.

La contienda no solo se libra en el terreno de batalla, sino también en el de las narrativas. Mientras que los cientos de miles de personas que tomaron las calles en demanda de reformas y libertades a partir de marzo de 2011 la definieron como una “revolución popular”, el presidente Bachar el Asad no dudó en catalogarlas como parte de una “conspiración internacional” destinada a provocar una “guerra sectaria”. Por su parte, los grupos de orientación salafista, que gradualmente fueron ganando terreno hasta acabar secuestrando en buena medida la revuelta, la consideraron una yihad para

Ignacio Álvarez-Ossorio es profesor de Estudios Árabes e Islámicos en la Universidad de Alicante, coordinador de Oriente Medio y Magreb en el Observatorio de Política Exterior Española (OPEX) de la Fundación Alternativas y autor del libro *Siria. Revolución, sectarismo y yihad*. Madrid: Los Libros de la Catarata, 2016.

Si el objetivo de Bachar el Asad era radicalizar la revolución de 2011 en Siria, el de los salafistas era convertirla en una yihad. El resultado de ambas estrategias, respaldadas cada una por Irán y Arabia Saudí, ha sido la expansión del sectarismo en Oriente Próximo.

liberar la tierra del islam de las manos de un gobierno apóstata, en referencia a la adscripción alaui del presidente sirio.

Irán y Arabia Saudí, las dos principales potencias regionales, no son ajenas a la dramática evolución de la crisis siria, puesto que ambos han intervenido activamente apoyando y armando a los bandos en liza, un respaldo que les hace corresponsables de la destrucción sistemática que ha sufrido el país en los últimos seis años. Estos dos países contemplan Siria como un escenario más de su enfrentamiento por la hegemonía regional y no han dudado en instrumentalizar la heterogeneidad de su sociedad siguiendo la lógica del “divide y vencerás”, lo que ha acentuado la brecha sectaria. Como ha advertido acertadamente Raymond Hinnebusch, profesor de la Universidad de St. Andrews, “el sectarismo ha sido un vehículo de la contrarrevolución que ha bloqueado la transformación de la región promovida por quienes lanzaron la Primavera Árabe en 2010”.

En este sentido, debe recordarse que la sociedad siria, como la de buena parte de los países de la región, es un mosaico étnico-confesional. Cerca de un 90% de la población es árabe, mientras que el resto son kurdos y, en menor medida, armenios, asirios, circasianos y turcomanos. En el terreno confesional, los musulmanes representaban en 2010 cerca del 90% de la población: la mayor parte de ellos suníes, pero con presencia también de diferentes ramas más o menos emparentadas con el chiísmo como los

alauíes, los drusos o los ismaelíes, que suman el 15% de la población. Los cristianos, sobre todo greco-ortodoxos y en menor medida católicos (armenio-católicos, melquitas, siríaco-católicos, maronitas, caldeos y latinos) representaban algo menos del 10%, aunque su número ha descendido de manera sensible en los últimos años.

¿Una revancha suní?

Desde algunos sectores próximos al campo islamista, el levantamiento popular contra El Asad fue interpretado como un ajuste de cuentas de la mayoría suní tras décadas de dominación por parte de un régimen controlado por la minoría alauí. En realidad, la utilización del sectarismo en el ámbito político sirio no es del todo novedosa. Entre 1976 y 1982 un grupo vinculado a los Hermanos Musulmanes, denominado Vanguardia Combatiente, tomó las armas contra el régimen de Hafez el Asad y llamó a la población a la yihad para derrocar un gobierno al que tachaban de “apóstata”. Said Hawwa, uno de sus ideólogos, consideró necesaria “una yihad para purificar la tierra del islam que elimine del territorio musulmán, sin compasión ni piedad, las incrédulas sectas ocultistas como los alauíes”.

Con la llegada a la presidencia de Bachar el Asad en 2000, el influyente ulema salafista Abu Basir al Tartusi se mostró a favor de emplear la yihad para derrocar el régimen “sectario nusairí [alauí] baazista” que “en sus 40 años de dominio y gobierno no ha ofrecido nada de valor a la patria o sus ciudadanos, más que destrucción, ruina, atraso, pobreza y humillación”. Tras el estallido de la guerra civil, Tartusi ejercería una gran influencia sobre diversas milicias de orientación salafista, como el Movimiento de los Libres del Levante (Harakat Ahrar al Sham) y el Ejército del Islam (Yaish al Islam). Zahran Allush, emir de este último grupo, mantuvo en vida un discurso claramente antichiií (a los que tachaba de *rafidun* o renegados del islam) y antialauí (a los que tachó de *mayus* o zoroastras) e, incluso, se mostró a favor de “limpiar Damasco de nusairíes [alauíes]”. Adnan al Arur, un clérigo sirio afincado en Arabia Saudí con predicamento entre las milicias armadas islamistas, señaló en referencia a los alauíes: “Aquellos que mancillen los asuntos sagrados deberían ser triturados y arrojar su carne a los perros”, aunque más tarde se pronunció a favor de respetar la pluralidad confesional de la población siria.

Otra influyente voz en el campo salafista sirio es Mustafa Setmariam, también conocido por su alias *Abu Musab al Suri*, que combatió en las filas

de Vanguardia Combatiente y posteriormente se unió a Al Qaeda en Afganistán. En 2004 vio la luz su obra seminal, *El llamamiento global a la resistencia islámica*, en la que denunció la infidelidad del régimen sirio y su supuesta alianza con Israel e Irán para combatir al movimiento yihadista. De hecho, el libro demandó “el apoyo [en árabe, *nusra*] de los hermanos de la yihad” para liberar Siria, por lo que el primer grupo yihadista que irrumpió en el conflicto sirio, a principios de 2012, se denominó precisamente el Frente del Apoyo al Pueblo del Levante (*Yabhat al Nusra li Ahl al Sham*), que hoy ha pasado a denominarse Frente de la Conquista del Levante (*Yabhat Fatah al Sham*).

La creciente militarización de la revolución siria a partir de 2012 aceleró la llegada de combatientes procedentes del mundo árabe y musulmán y, también, de los países occidentales. Debe recordarse que uno de los efectos inesperados de la Primavera Árabe fue el reforzamiento del movimiento salafista-yihadista transnacional, que aprovechó el vacío de poder existente para tratar de impulsar su agenda sociopolítica y obtener réditos geopolíticos. La descomposición estatal y la consiguiente fragmentación territorial convirtieron a Siria en un polo de atracción para la yihad global, tal como había ocurrido la década anterior con Irak.

También El Asad estaba interesado en fortalecer a los grupos radicales con el objeto de presentarse como un mal menor ante la comunidad internacional. En el verano de 2011, el régimen sirio aprobó una amnistía que permitió la liberación de 200 yihadistas de la prisión de máxima seguridad de Seidnaya. En un informe publicado por el Arab Reform Initiative en 2013, Bassma Kodmani y François Legrand consideraban que, “en esta estrategia, el enemigo ideal (que rápidamente se ha convertido en el mejor aliado objetivo) es el extremismo. Las figuras moderadas y seculares de la oposición se han convertido en el enemigo más peligroso”. Mediante esta maniobra, el régimen pretendía radicalizar la revolución y reforzar la impresión de que se enfrentaba a elementos yihadistas, un rival cómodo que le permitía presentarse como un muro de contención ante el fanatismo y como protector de las minorías confesionales. Entre los liberados se encontraban Abu Muhammad al Yaulani (que lideraría el Frente al Nusra), Hassan Abbud

La descomposición del Estado y del territorio convirtieron a Siria en polo de atracción para la yihad global

(emir de Ahrar al Sham), Zahran Allush (máximo líder del Ejército del Islam), Ahmad Aisa al Sheij (comandante de Suqur al Sham) y Abd al Rahman Suweis (responsable de Liwa al Haqq).

Desde un primer momento, se hizo evidente que la imparable islamización de la revuelta representaba una clara amenaza para el proyecto de una Siria democrática y secular, así como para los principios de tolerancia y pluralismo defendidos por los activistas en los primeros compases de la revolución. La superposición de grupúsculos islamistas radicalizados y las agendas contrarrevolucionarias de los países del Golfo, que los patrocinaban mediante generosas donaciones, tuvieron efectos extraordinariamente nocivos, puesto que provocaron la progresiva islamización de las milicias rebeldes. No está de más recordar que la mayor parte de las zonas bajo control de los opositores son de mayoría suní. Como advirtiera Aron Lund en un artículo publicado por el Swedish Institute of International Affairs en 2012, “la religión no es el motor de la rebelión, pero es el denominador común más relevante del movimiento insurgente. Para los revolucionarios sirios, el islam funciona como un marcador de la identidad sectaria y como herramienta de movilización efectiva en las áreas suníes y, por supuesto, como una fuente de consuelo espiritual en tiempos de guerra”.

El Frente al Nusra y el Estado Islámico

El primer comunicado del Frente al Nusra, datado el 24 de enero de 2012, describe la guerra como una cuestión islámica y como la oportunidad para imponer la *sharia* por medio de una yihad defensiva contra el régimen “apóstata”, haciendo referencia a las *azoras* 22.39 (“Se ha otorgado permiso para combatir a quienes están siendo combatidos, porque ellos han sido agredidos”) y 9.39 (“Combate a los politeístas, tal como ellos te combaten a ti”).

A pesar de que intenta minimizar su discurso sectario para no granjearse la animadversión de la población local, lo cierto es que el Frente al Nusra ha dado sobradas muestras de sectarismo contra los alauíes o los drusos a lo largo de los últimos años. En una entrevista con el canal Al Jazeera, el 4 de junio de 2015, Al Yaulani, su máximo dirigente, señaló: “Nuestra guerra no es una revancha contra los alauíes, a pesar de que en el islam son considerados como herejes... Estamos aquí únicamente para cumplir con nuestra misión, que es combatir al régimen y a sus agentes sobre el terreno: Hezbolá y otros actores”. Este discurso contrasta con la acción del grupo, responsable de matanzas contra poblaciones drusas o alauíes y del asesinato de

varios líderes espirituales de la comunidad cristiana. El propio Al Yaulani ordenó a sus tropas, poco después de la intervención rusa el 30 de septiembre de 2015, que lanzaran ataques indiscriminados contra las aldeas alauíes: “No hay otra opción que tomar como objetivo las ciudades y localidades alauíes de Latakia”.

Una de las principales señas de identidad del autoproclamado Estado Islámico (EI) es su beligerancia hacia el chiísmo, que no es más que una herencia de la doctrina wahabí imperante en Arabia Saudí, conocida por su rigorismo y puritanismo, de la que se alimenta. El wahabismo interpreta que cualquier desviación de su estricta interpretación del islam debe considerarse herética, especialmente a la corriente chií y todas sus ramas (a las que condena como *kuffar* o infieles), pero también al islam popular que rinde culto a los santones. Como recuerda Abdullah al Malki en un informe publicado en 2014 por Middle East Monitor, a principios del siglo XX el influyente clérigo saudí Hasan bin Hussein Ash Sheikh “prohibió cualquier tipo de comunicación pacífica con las autoridades o habitantes de las tierras de los infieles, en referencia al sur de Irak, y decidió que la única forma permisible de contacto sería en el terreno de batalla en el contexto de la yihad”.

En consecuencia con este posicionamiento, EI es especialmente beligerante hacia las minorías religiosas y, en particular, los chiíes. Esta beligerancia suele tratar de justificarse aludiendo a las fetuas del teólogo medieval Ibn Taymiyya, quien tachó de apóstatas a alauíes, drusos e ismaelíes por haberse alejado de la ortodoxia islámica. En uno de sus controvertidos edictos religiosos señalaba: “El daño que han causado a la *umma* [comunidad de creyentes musulmanes] es mayor que el daño provocado por los infieles tártaros y los infieles cruzados (...) No hay duda de que la yihad contra ellos es uno de los mayores actos de obediencia y una de las mayores obligaciones. Es mejor que hacer la yihad contra aquellos adoradores y gente del libro que no combaten a los musulmanes, porque hacer la yihad contra ellos es lanzar la yihad contra los apóstatas (...) Por tanto, es obligatorio para todo musulmán tratar de cumplir esta obligación”. A los drusos,

**El Asad no ha perdido
una sola ocasión para
presentarse al mundo
como muro de
contención frente a los
movimientos yihadistas**

Ibn Taymiyya les acusaba de ser peores que el resto, por lo que “sus mujeres pueden ser tomadas como esclavas y sus propiedades y sus bienes pueden ser confiscados. Son herejes apóstatas cuyo arrepentimiento no puede ser aceptado. Más bien deben ser asesinados donde quiera que se encuentren”.

No obstante, algunas de las formaciones salafistas sirias no comparten las brutales prácticas de EI, al que frecuentemente han combatido sobre el terreno. El clérigo Al Tartusi ha denunciado en varias ocasiones el martirio de los musulmanes por considerarlo contrario a la *sharia*, mientras que Adnan al Arur ha denunciado a EI por su empleo sistemático del *takfir* para eliminar a sus rivales: “Estamos en contra del asesinato de civiles por causa de su credo, fe, procedencia, origen o etnia. Estamos en contra del *takfir*”.

El factor chií en la ecuación siria

Desde 2011, El Asad no ha desperdiciado una sola ocasión para presentarse como un muro de contención frente a los movimientos yihadistas y un defensor de las minorías confesionales, todo ello con la intención de atraerse el respaldo de la población alauí, cristiana, drusa e ismaelí y, al mismo tiempo, presentarse ante la comunidad internacional como un mal menor que, a pesar de sus expeditivos métodos, que han reducido a escombros buena parte del país, podría garantizar su unidad territorial y evitar el establecimiento de un “Yihadistán”.

Asimismo, la presencia del Frente al Nusra y EI ha sido empleada como pretexto por varias milicias chiíes regionales para intervenir en Siria bajo la batuta de Irán, el principal aliado del régimen sirio. Es sabido que dichos grupos recurren con frecuencia al *takfir* para excomulgar a todos aquellos que no comparten su cosmovisión del mundo, por lo que son denominados, de manera despectiva, *takfiríes*. En un discurso pronunciado el 25 de mayo de 2013 el jeque Nasrallah reconoció la implicación del Hezbolá libanés en la guerra siria y advirtió de los riesgos de la deriva yihadista que vivía Oriente Próximo: “Esta mentalidad *takfirí* ha matado a más suníes que a miembros de otras sectas musulmanas (...) No estamos abordando la cuestión desde una perspectiva suní o chií, sino desde una perspectiva que engloba a todos los musulmanes y cristianos: para todos ellos, el proyecto *takfirí* representa una amenaza”. Esta conspiración, según Nasrallah, habría sido urdida por “EEUU, Israel y los *takfiríes*”, en una velada alusión a Arabia Saudí, principal promotor del wahabismo a escala global.

También Irán ha aprovechado la irrupción en escena de dichos grupos yihadistas para tratar de justificar su implicación en Siria en apoyo del régimen y la movilización de sus peones regionales. Las fuerzas libanesas de Hezbolá fueron las primeras en intervenir, hecho que provocó un profundo malestar en la región. El influyente ulema egipcio Yusuf al Qaradawi denunció, en un discurso en Doha el 31 de mayo de 2013, la injerencia de Hezbolá en los asuntos domésticos sirios y denominó a dicha organización “el Partido del Demonio” (*Hizb al Shaitan*), asumiendo como suyas las diatribas del clérigo radical libanés Ahmad al Asir. En su informe “The Shiite Jihad in Syria and Its Regional Effects”, publicado por The Washington Institute for Near East Policy, Phillipe Smyth también advirtió de la presencia en Siria de una pléyade de milicias iraquíes (entre ellas Liwwa Abu Fadl al Abbas, Asaib Ahl al Haqq, Kataib Hizb Allah, Badr, Harakat al Nujaba o Kataib Sayyid al Shuhada), todas ellas financiadas, armadas y entrenadas por la Guardia Republicana iraní. Esta presencia se ha tratado de justificar aludiendo a la necesidad de defender los santuarios chiíes en territorio sirio para evitar atentados como el que en 2006 destruyó la mezquita del Askari en Samarra y precipitó la guerra sectaria iraquí. Por ejemplo, Liwa Abu al Fadl al Abbas se desplegó en torno al santuario de Saida Zeinab, situado en las afueras de Damasco, donde reposan los restos de la hermana del imán Husayn. A medida que el régimen fue perdiendo terreno, estas milicias fueron desplegadas en otros frentes, tal como se pudo comprobar recientemente en el asedio de los barrios orientales de Alepo.

El 30 de agosto de 2016, el periodo británico *The Daily Mail* publicó un documento secreto según el cual las fuerzas chiíes combatiendo en Siria sumarían unos 65.000 efectivos, dirigidos por el general de brigada iraní Mohammad Yaafar Assadi y distribuidos de la siguiente manera: 20.000 integrados en las milicias iraquíes, 16.000 provenientes de Irán, 15.000 de las milicias Fatemeyun de Afganistán, 10.000 pertenecientes a Hezbolá y otros 5.000 de Pakistán. Dicho reportaje, basado en información filtrada por el opositor Consejo Nacional de Resistencia Iraní, también señalaba que Irán habría invertido 100.000 millones de dólares en sostener a El Asad desde el

Las milicias chiíes en Siria están respaldadas por Irán y han servido de modelo para la formación de grupos paramilitares sirios

inicio de la contienda y en pagar los sueldos de los miles de combatientes chiíes desplegados sobre el terreno. A pesar de su heterogéneo origen, todas estas milicias chiíes tienen en común un discurso profundamente sectario.

A su vez, dichas milicias han servido de modelo para la formación de varios grupos paramilitares propiamente sirios. Como señala Lund en un informe publicado el 2 de marzo de 2015 por Carnegie Middle East Center, “desde comienzos de 2011, el gobierno comenzó a emplear dinero y servicios para comprar la lealtad de los jóvenes desempleados, entre los cuales distribuyó armas y coches, a la vez que ofreció ventajas a sus leales y sus familias, militarizando las vastas redes clientelares establecidas durante más de cuatro décadas de gobierno de los Asad. Entre los reclutados estaban familias de militares, simpatizantes baazistas, bandas de matones con respaldo de los servicios de inteligencia, las comunidades religiosas minoritarias, algunas tribus árabes suníes y otros actores locales dependientes del régimen de El Asad”.

A partir de 2012 cobraron protagonismo las Fuerzas de Defensa Nacional y el Ejército Popular, que han llegado a movilizar a más de 100.000 efectivos. Dichos grupos están integrados no solo por alauíes, sino también por cristianos y drusos, así como una nutrida nómina de tribus suníes cooptadas por el régimen. Estos grupos son financiados por el gobierno sirio, que también les permite practicar el pillaje, perpetrar secuestros y desarrollar otras actividades delictivas para autofinanciarse. Asimismo han aparecido milicias sectarias alauíes en Latakia (como el caso de Liwa Usud al Hussein, Liwa Dir al Sahil o Saraya al ‘Arin) y drusas en Suwaida o Hadr (como Riyal al Karama o Kata’ib Humat al Diyar o Saraya al Tawhid).

La decidida implicación iraní y de sus satélites en Siria fue recibida con un discurso claramente sectario desde el campo salafista-yihadista. El primer comunicado de Ahrar al Sham señalaba que dicha involucración representaría un triunfo del movimiento sionista, “porque es bien conocido que los *rafidíes* [chiíes] no combaten al enemigo, sino que solamente dirigen sus armas contra los suníes”. Este planteamiento no se diferencia mucho del expuesto por el ulema Al Tartusi, quien afirmó que el régimen alauí de Damasco es parte de “una coalición sectaria esotérica qarmatí” entre Irán, Siria y Hezbolá y denunció “la influencia del esotérico creciente chií qarmatí”.

Estas posiciones no difieren demasiado de las sostenidas en su día por los grupos yihadistas asentados en Irak. Abu Musab al Zarqawi, máximo dirigente de Al Qaeda en Mesopotamia, manifestó en una carta dirigida a Ayman al Zawahiri en enero de 2004: “[Los chiíes] son el obstáculo insuperable, la serpiente al acecho, el escorpión astuto y malicioso, el enemigo

espía y el veneno penetrante (...) Son el peligro que se avecina y el verdadero desafío. Ellos son el enemigo. Cuidado con ellos. Luchad contra ellos. Por Dios, mienten”. En un discurso pronunciado en julio de 2014, Abu Bakr al Bagdadi, califa de EI, señaló: “Dirijo un llamamiento a todos los jóvenes musulmanes y a todos los hombres para que hagan la *hiyra* [emigración] para consolidar los pilares del Estado Islámico y que lleven a cabo la yihad contra los rafidíes [chiíes] safavíes”.

No solo los grupos salafistas-yihadistas mostraron su preocupación ante el meteórico ascenso de Irán, sino también Arabia Saudí, cuya máxima preocupación es frenar la creciente influencia iraní en Oriente Próximo. La intervención en Siria de dichas potencias regionales, que tienen una agenda claramente contrarrevolucionaria, buscaba trazar un cortafuegos que parase en seco las movilizaciones antiautoritarias. Pese a su abierta rivalidad y sus profundas diferencias, ambos actores han establecido un frente común para evitar el establecimiento de gobiernos democráticos en la región. Una evolución tal podría generar un efecto contagio capaz de alcanzar el golfo Pérsico y cuestionar unos sistemas de gobierno en los que la disensión es duramente castigada y las libertades públicas perseguidas. Por el momento parecen haberlo conseguido, eso sí a costa de la devastación de Siria y el éxodo de buena parte de su población.